

# la pOSTmodernidad

## ¿quién teme a

**Q**o primero que suscita cualquier acontecimiento es afecto. Positivo o negativo -amor u odio- según como cada uno imagine, más o menos espontánea o inconscientemente, a su identidad afectada por él. Sobre todo si el nombre de ese acontecimiento, `postmodernidad` en nuestro caso, es un signo semi-vacío que ha de rellenar la imaginación, movida por el temor a sus efectos negativos o el deseo de los positivos.

Odian la postmodernidad quienes la imaginan desde sus más negros temores. Los cristianos (y otros fundamentalistas religiosos, islámicos o judíos), los marxistas convencidos que aún quedan, y los liberales tirando a conservadores. Todos tienen en común un universo cultural patriarcalista, y la creencia de que hay o debe haber una forma única de identidad humana, verdadera, naturalmente de rasgos patriarcales; aunque después discrepen sobre su representación auténtica. Cada una de aquellas opciones cree que es la suya, y esta discrepancia les hace constatar que hay más de un candidato a modelo de ser humano auténtico. La común creencia en éste, no obstante, les impide aceptar el pluralismo y resuelven la contradicción identificando *su* imagen idiosincrática de la humanidad con la que creen verdadera y auténtica, y etiquetando a las otras como falsas. Es la ancestral figura del etnocentrismo. Pero como esta actitud es adoptada por todos los candidatos a representantes de la humanidad auténtica, la relación normal que se sigue de ahí es la guerra, con la intención de destruir al competidor. Por violencia semiótico-simbólica (linchamiento moral) o por violencia física (la guerra, originariamente santa). La otra alternativa, la de reconocer el pluralismo de la representación (autonarración humana), que cada una de las otras imágenes es una forma de identidad humana, diferente pero de igual derecho, deberían abandonar su creencia compartida de que la identidad humana auténtica es Única y

Verdadera; y, sobre todo, deberían abandonar la pretensión, igualmente compartida, de poseer en exclusiva la Verdad Única y el poder de administrarla en exclusiva; el poder

de decidir qué forma de vida humana merece vivir y cuáles otras morir o ser exterminadas: el poder de vida y muerte. Por eso no pueden aceptar el pluralismo: sería la aceptación de la muerte de su autoidentificación con el poder de decidir sobre la muerte.

Este es el significado que, quienes odian a la postmodernidad, atribuyen, también en común, a la postmodernidad: la muerte de la forma de construir la identidad propia mediante la creencia en un modelo o Verdad Única. Muerte de Dios, otra su garante; muerte del Hombre, su efecto más visible; muerte de la Historia, ámbito de la realización de ambos y espacio-tiempo del Gran Relato de la Salvación; muerte del Marxismo, la última de sus variantes; muerte de la Filosofía, la acondicionadora del Gran Relato; etc. Muerte de las mayúsculas. De las ideas y significados -muy pocos- que *han de* ser escritos con mayúscula mientras la mayoría sólo con humilde minúscula. Muerte de las jerarquías sin más justificación que la inercia histórica: mítica, teológica, metafísica o "científica". Una de las imágenes más difundidas y afortunadas de la postmodernidad más afortunadas es la de *deconstrucción* de la estructuras lingüísticas -lógicas y retóricas- de la creencia fundamentalista, sea teológica, política, moral o tecnico-económica; positiva o negativa. La creencia en que hay o debe haber un lenguaje verdadero y único -originario y originante de Todo el Significado. La postmodernidad es el vacío dejado por la quiebra -filosófica- de toda Multinacional de la Significación (humana), más el vértigo, la incertidumbre y la ansiedad que malviven las diversas especies de adeptos, al sentirse ir a la deriva, una vez perdidos los vínculos simbólicos de una identificación sólida, segura y perdurable.

Pero la postmodernidad no sólo oficia de cementerio de identidades cadavéricas -por más que puedan retornar como muertos vivientes-, también ofrece nuevas oportunidades de identificación. Por ejemplo, con la una perspectiva pluralista o, como se dice ahora, multiculturalista. La doble creencia de que la pretensión de una identidad humana única y verdadera es una ilusión, un mito o una fábula agresiva y violenta, y que cada mito, fábula



la o narración proporciona *una* imagen de la humanidad, de *igual* derecho que cualquier otra, lo cual quiere decir dos cosas: que no tiene *menos* derecho que ninguna otra a representar a la humanidad, lo cual vale para las mujeres, sobre todo si son negras, para los negros en general (como raza), para los homosexuales de cualquier sexo o raza, para los indios americanos aún no genocidados, para los musulmanes no especialmente fundamentalistas (iraquíes, bosnios, curdos; también los rusos); y que no tiene *más* derecho que otras a representar a la humanidad y, sobre todo, que no lo tiene a la representarla en exclusiva. Ni para la totalidad del universo, pretensión de las religiones tradicionales y pseudoreligiones como el marxismo, ni para una parte suya como, por ejemplo, un ámbito estatal pluriétnico. Cuando eso ocurre estamos ante un modelo de identificación violenta que reduce la humanidad plural, abierta y potencialmente ilimitada -¿infinita?- a *una* identidad cerrada, limitada y circunscrita a su propia forma, lugar y tiempo. Es el caso de la identidad cristiana y su proyección ecuménica, del marxismo con su vocación internacionalista, y del liberalismo con su expansión cosmopolita. Detrás de ésta está el colonialismo y sus consecuencias postcolonialistas y neocolonialistas como el intercambio desigual entre el Tercer y el Primer Mundo -cuyas consecuencias se alargan hasta las carnicerías africanas- con la complicidad de la democracia liberal. Detrás del segundo estuvo el imperialismo soviético, muerto entre 1989 y 1992 (aún es pronto para saber si por suicidio, por agotamiento interno o por algún tipo de homicidio simulado), y la caza de contrarrevolucionarios, del Gulag a los Procesos de Moscú (por no recordar a las víctimas de otros experimentos marxistas como el de Pol-pot, el líder camboyano recién fallecido). Detrás del primero la caza de brujas y herejes -Santa Inquisición- y el espíritu de cruzada o guerra santa, que el norteamericano Huntington rescata de su nicho medieval para resucitarlo como guerra de civilizaciones; acaso para interpretar el significado "profundo" de la Guerra del Golfo (la Golfería Internacional del Petróleo). O las guerras santas islámico-judías, de amplio espectro, desde la revolución iraní (que suplantó al modelo leninista), al asesinato del Presidente israelí I. Rabín. O la guerra santa étnico-nacionalista, cuyo paradigma es, a no dudarlo, la Guerra de Bosnia, aún no cerrada. No, únicamente, porque la limpieza

**La  
postmodernidad,  
para quienes no  
la temen, y  
pueden llegar a  
amarla, es,  
también, la  
esperanza de  
que el espacio  
del caos  
violento pueda  
transfigurarse  
en espacio  
democrático  
radical**

piensa el neoconservadurismo de amplio espectro -desde la vieja derecha a la vieja izquierda- la madre del caos ético, entre libertario y libertino, anárquico y transgresor, de definición incierta, al que se endosa la génesis de una violencia sin causa sería aparente: absurda. Pero el caos al que se pretende adosar la violencia hay que buscarlo, más bien, en la proximidad de ésta y sus raíces y, más en concreto, en la ecología plurifundamentalista, cuyo espacio intercultural es el ejemplo más cercano a un espacio caótico hipotético en el que las diversas opciones, al ser totalitarias, son mutuamente excluyentes y transgresoras de las limitaciones identificatorias de los otros.

La postmodernidad, en cambio, para quienes no la temen, y pueden llegar a amarla, es, también, la esperanza de que el espacio del caos violento pueda transfigurarse en espa-

étnica (de musulmanes) constituya la realización ejemplar de la pretensión de unicidad étnica autenticidad humana, sino también porque, en ese espacio, el fundamentalismo étnico-nacional -de ascendencia racista, nazi- se ha refundido, en los liderazgos personales y en una rara conjunción histórica, con todo tipo de fundamentalismos religioso-políticos. Con el stalinista, resto del imperio soviético; con el ortodoxo, vieja herencia del imperio ruso/zarista; el católico, huella del imperio auto-húngaro, y hasta el islámico, lo que queda del imperio turco otomano (adoptado como identidad-refugio por una parte de los musulmanes bosnios, una vez fracasado su proyecto de una unidad política multiétnica y multicultural).

La postmodernidad también es una época, la nuestra -algunos la llaman post-histórica-, y podría asaltarnos la duda de si su rasgo diferencial no es todo, esa violencia que está teniendo lugar en ella. Una violencia cuyo grado de crueldad parece proporcional al de la riqueza de sus fuentes de inspiración, el pluralismo o multiculturalismo postmoderno ¿No está justificado, por lo tanto, su rechazo radical, sin paliativos? No; no lo está. No porque esa violencia no sea rechazable en sí misma, sino porque no es una violencia postmoderna. Sus raíces no son multiculturalistas sino plurifundamentalistas, y, como tales, se nutren de esa ecología, la misma que alimenta las pretensiones totalitarias de quienes temen y odian a la postmodernidad. Por eso mismo la postmodernidad tampoco es, como



cio democrático radical, en intensidad y en extensión. Un espacio de diálogo plural y pluricultural no tutelado por ningún muerto viviente, pretendiente a destiempo a Capitalista Simbólico Único, a la posesión exclusiva -y administración única- de la *esencia* de la democracia (cuando su significación es, ella misma, democrática: resistente a cualquier exclusividad). Hay excusas. Para unos, como la Conferencia Episcopal, porque, al no reconocer más ética que la suya, aún practican el modelo por ahora más logrado de totalitarismo moral. Otros, como la vieja izquierda, porque, al no reconocer discurso de justicia que el suyo, y arrastrar el lastre histórico de descalificar la democracia "burguesa", aún encarna a destiempo un cierto totalitarismo justiciero. Finalmente otros, como el capital massmediático, porque bajo el manto democrático de la libertad de expresión avanzan hacia el control total(itario) del espacio democrático, mediante su transfiguración progresiva, no ya sólo en el espacio de la Simulación generalizada, sino el Ciberespacio, promesa de una ultrarrealización de nuestros mejores ¡y mayores! sueños de un Espacio Imaginario. Algunos identifican, lisa y llanamente, estas dos versiones del espacio cultural, como la forma más lograda de la condición postmoderna.

Por otro lado, al coincidir en el tiempo (¿postmoderno?) la época de la negación filosófica del Capitalismo Simbólico con su realización efectiva como Capitalismo Ciberespacial, la Postmodernidad podría ser vista, asimismo, como la época de la realización del Capitalismo Absoluto como Mundialización del Mercado sin más obstáculos que la caduca premodernidad tercermundista. El neoliberalismo como final de la Historia. A partir de esa imagen hiperto-

talitaria es fácil el tránsito hacia su contrafigura, la de aquellos a quienes parece hacer felices leer el signo de los tiempos en código de catástrofe (civilizatoria). Son los masoquistas semióticos. Siempre pueden aducir el desastre ecológico y, sobre todo, el hecho de que mientras el 20% de los seres humanos acumula y derrocha el 80% de los recursos económicos del planeta el 80%, la inmensa mayoría, malvive y malmuere con las migajas del 20% restante que le sueltan los ricos del Norte. El (Nuevo) Orden Económico Internacional como supremo desorden moral. *Summum ordo summum chaos*. Lo que ocurre es que al certificar el advenimiento de la catástrofe, los masoquistas semióticos la realizan simbólicamente; de forma que, para ellos, vale lo que Baudrillard decía de los catastrofistas del Holocausto Nuclear en la época de la Guerra Fría: ¡La catástrofe ya ha tenido lugar! Lo ha tenido, efectivamente, como realización simbólica, en la psicología de masas configurada por el discurso catastrofista: la aterrorización parálitica.

Pero la postmodernidad puede ir un poco más allá. Al estar tan solicitada -un signo semi-vacío es un signo multiuso- para que signifique significados diferentes y, sobre todo, opuestos, acaba significando, ante todo, ambivalencia moral. La de un mundo en el que ni todo lo bueno está de un lado ni todo lo malo del otro. Ni el Capitalismo Absoluto ni su Negación Catastrofista son las únicas opciones posibles, por mucho que sea el arraigo del binarismo maniqueo que tan bien queda en los cuentos con *happy end* que, hasta en los videojuegos, cuentan la muerte de los malos y el triunfo de los buenos. Los que no temen a la postmodernidad se niegan a construir su identidad blandiendo esa especie de motosierra ética que trocea el mundo (sus situaciones

y sus hechos) en dos mitades exactamente desiguales -y opuestas- o exhibiendo la etiqueta de cualquiera de las dos: *Made in USA* o *Out of USA*. Se identifican, más bien, hablando con los otros, iguales, parecidos y diferentes, y, al comprometerse con males menores y no con Bienes Totales, se arriesgan a mancharse las manos y a decir adiós a la inocencia, ese espejismo moral que aún sigue haciendo guiños.



GERVASIO ARTURO  
"BESTIAS Y MIEDOS"

